



REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD SACERDOTAL

Antonio Bravo

Me han pedido que les hable sobre el tema siguiente: «Recrear la identidad sacerdotal para la evangelización y la misión en un mundo que ya no es de cristiandad. Misión y liderazgo compartido con los laicos». Como a continuación D. José Vidal abordará más en concreto la situación tal como se presenta en la Archidiócesis, no bajaré a muchas concreciones.

La cuestión de «la identidad sacerdotal» viene siendo objeto de reflexión y búsqueda desde hace décadas, lo que muestra su interés, complejidad y dificultad. Sin una real y dinámica identidad del presbiterado, la Iglesia se ve debilitada de alguna manera para progresar en la nueva evangelización, en el desarrollo de la naturaleza misionera de la Iglesia, en *el diálogo de la salvación* con el mundo.

Al abordar el tema de la identidad sacerdotal debe evitarse, por una parte, caer en la lógica de una «identidad subjetiva», que conduce de ordinario a una «reivindicación identitaria» y, por tanto, a situarse frente al mundo. De esta forma, ya no estaríamos en la dinámica propia de la encarnación y del sacerdocio existencial de Jesucristo, pues como enseña la carta a los hebreos, el ministerio de la nueva alianza se caracteriza por la obediencia radical al que envía y la solidaridad inquebrantable con el mundo al que es enviado.

Otro escollo a evitar al repensar la identidad, por otra parte, es el siguiente: limitarse a buscar unos arreglos al estatuto social, psicológico y funcional del presbítero tal como ha sido vivido en tiempos de cristiandad. Por estas razones es importante precisar desde donde podemos y debemos «renegociar» la identidad sacerdotal en las nuevas coordenadas de la Iglesia en una sociedad secular, plural, democrática y compleja. Hoy la Iglesia, como ya apuntó el Concilio Vaticano II (cf. AG 6) y luego lo explicitó el Papa Juan Pablo II, en el programa pastoral para el presente milenio, no se halla ya en un contexto de cristiandad (cf. NMI 40). Es en este mundo amado de Dios, tal como es, y no en un mundo añorado o soñado, que los presbíteros, junto con los laicos, estamos convocados a vivir y dar razón, «con delicadeza y respeto», de la esperanza que no defrauda (cf. 1P 3, 14-16; Rom 5, 5), a promover una nueva evangelización.

Para *vivir y renegociar como presbiterio nuestra identidad presbiteral*, en orden a propiciar una Iglesia ministerial y misionera, creo importante partir de una afirmación conciliar, tal como se desarrolla en PO 2: los presbíteros, en el seno de la comunión eclesial, participan «del ministerio apos-

tólico», el cual, por su parte, participa en la «*consagración y envío*» (Jn 10, 36) de Cristo Jesús, ungido por el Espíritu de santidad «a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 16-21). Es el evangelio que proclamamos el día de la ordenación sacerdotal.

Partiendo de la afirmación conciliar, centraré mi reflexión en cuatro palabras que, en mi opinión, configuran el dinamismo de una auténtica identidad apostólica: Convocados, enviados, testigos y servidores.

Antes de desarrollar el dinamismo de estas cuatro palabras, me permito recordar brevemente algunas convicciones que enmarcan mi intervención.

En la Iglesia misterio, comunión y misión, la identidad sacerdotal, como toda identidad cristiana, según recordó la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, tiene su fuente en la santísima Trinidad (PDV 12). Estamos en el terreno de la fe. La identidad nos es dada y estamos llamados a acoger y cultivar el don de Dios, con agradecimiento y creatividad, en el hoy de nuestra sociedad. La fidelidad, conviene notarlo, no es sinónimo de repetición ni de huida hacia delante: la fidelidad lleva consigo creatividad en el Espíritu de la verdad y comunión. El presbítero está puesto por el Espíritu Santo para pastorear el pueblo de Dios. San Pablo decía a los presbíteros de Éfeso, reunidos en Mileto: «Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo.» (Hch 20, 28)

Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, recordó que la razón de ser de la Iglesia es evangelizar; pero evangelizar «desde dentro» y «como testigos», depositando la levadura de la palabra de Dios en el corazón del hombre y de la cultura y culturas de nuestro mundo. No basta con dar un barniz religioso si queremos formar cristianos realmente libres y dedicados a la liberación de sus hermanos. El anuncio de Jesucristo brota espontáneo en quien lo ha encontrado de verdad, como en el caso de la samaritana. «La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán.» (DCE 14)

«Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él». Esta afirmación asume una mayor intensidad si pensamos en el Misterio eucarístico. En efecto, no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Éste exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida

de la Iglesia; lo es también de su misión: «Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera». También nosotros podemos decir a nuestros hermanos con convicción: «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros» (1 Jn 1,3). Verdaderamente, nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a todos. (SC 84)

Para *dar testimonio de la verdad revelada en mundo plural cultural y religiosamente*, es importante desarrollar una pedagogía del diálogo. No se trata tanto de juzgar si el mundo está bien o mal, de hacer moralismo, cuanto de captar y acoger los interrogantes y preguntas del hombre de hoy, para ofrecerles la luz que es Jesucristo, la luz de la fe, a fin de buscar junto con los demás miembros de la sociedad los caminos a seguir para una más plena realización de nuestro mundo.

El Papa Francisco, por su parte, insiste en el anuncio gozoso del Evangelio, como ya lo hiciera Pablo VI (EN 9) y sus sucesores, cada uno a su manera. El evangelio del reinado de Dios es una buena noticia para el mundo y es preciso dar testimonio de ella con alegría, valentía, amor y humildad, como el Siervo. Tal es el desafío para llevar a cabo la misión de la Iglesia en el mundo y, por tanto, para pensar y vivir nuestra identidad de ministros de la nueva alianza. San Pablo escribía a la convulsa comunidad de Corinto. «Nuestra capacidad nos viene de Dios de Dios, el cual nos capacitó para ser ministros de una alianza nueva: no de la letra, sino del Espíritu; pues la letra mata, mientras que el Espíritu da vida.» El ministro de la nueva alianza es portador del «ministerio del Espíritu» (2Cor 3, 5-6.8) Nuestro ministerio es un ministerio de vida, justicia, paz y alegría en el amor y la verdad.

1. CONVOCADOS EN UN COLEGIO

El primer rasgo de la identidad apostólica y presbiteral, en mi opinión, se encuentra en esta palabra: «Convocados». ¿Qué se quiere decir con ello?

1.1 *La existencia como vocación y misión*

En la encíclica *Populorum progressio*, Pablo VI recordó algo fundamental para la recta comprensión de «un humanismo integral»: «En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta.» (PP 15) La constitución *Gaudium et spes* había precisado: «la vocación del hombre es una, la divina, y debemos creer que todo hombre está siendo conducido por el Espíritu hacia la Pascua del Señor» (GS 22). Estamos ante una cuestión de la suma importancia para llevar a cabo la nueva evangelización y cultivar un rasgo decisivo de la identidad sacerdotal: «hombre entre los hombres». Estamos al servicio de la vocación y misión de todo hombre. Por ello la acción pastoral debe nacer de la escucha y

la contemplación, a fin de colaborar con la acción del Espíritu en cada persona, pueblo y cultura.

En las comunidades cristianas y en nuestra sociedad secular es decisivo, a mi entender, redescubrir el sentido de la vocación y, por lo mismo, el sentido de la alteridad, sin la cual no hay verdadera vocación, ni una fecunda autonomía, ni una verdadera comunión. La persona se realiza en la comunión. La vida es don y relación, posibilidad y tarea.

1.2 *La Iglesia pueblo de convocados, de discípulos*

La Iglesia, como sabemos, es el pueblo de los convocados. Dios no quiso salvar a los hombres individualmente, sino «constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera en santidad». (LG 9) La Iglesia es un pueblo de discípulos-misioneros, por usar una expresión del Papa Francisco. En la intimidad del cenáculo, Jesús, antes de pasar de este mundo al Padre, decía a los suyos: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15, 16)

Los llamados a participar en el ministerio apostólico, en el grado que sea, somos «hermanos entre los hermanos», «discípulos entre los discípulos». Las palabras de Jesús en el evangelio son claras e incisivas: «Vosotros no os dejéis llamar rabí, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos» (Mt 23, 8). Ni maestros ni jefes, sino discípulos y hermanos en el seno del pueblo de los convocados. Este es un rasgo importante de una identidad fiel al misterio de la encarnación. En efecto, la carta a los hebreos recuerda cómo el Hijo no se avergonzó en llamar y ser el hermano de los hombres.

«Convenía que aquel, para quien y por quien existe todo, llevara muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, pues dice: anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Y también: En él pondré yo mi confianza y de nuevo: Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio.» (Hb 2, 10-13)

1.3 *Los apóstoles hombres convocados de entre los discípulos*

Los escritos del Nuevo Testamento testimonian cómo Jesús *eligió de entre los discípulos* a Doce, para estar y compartir con él de manera particular su existencia y misión. «En aquellos días, relata Lucas, Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró apóstoles» (Lc 6 12-13). Marcos subraya que «llamó a los que quiso y se fueron con él» (Mc 3, 13). Ya al inicio de su evangelio presenta la vocación de los primeros discípulos en la misma perspectiva: Jesús pasa, ve y llama a mar-

char detrás de él (Mc 1, 16-20). Mateo narra cómo Jesús llamó a sus doce discípulos y los envió en misión (Mt 10, 1ss). En el cuarto evangelio, los discípulos son don del Padre al Hijo: «Los que tú me diste de en medio del mundo» (Jn 17, 6)

La elección y llamada de los Doce es comunitaria y personal. Antes de dar los nombres de los elegidos, el evangelista Marcos recalca: «Instituyó doce para que estuvieran con él» en el camino de la misión, para proclamar la llegada del reinado de Dios.

La vocación apostólica incorpora a un colegio, a una comunidad de vida y acción con Jesús. La vocación es personal, pero no individual. Ni el seguimiento de Jesús ni el anuncio del Evangelio de Dios puede llevarse al margen de la comunión. Nadie puede vivir la misión por libre. La identidad presbiteral se realiza en la comunión. Así lo recuerda y celebra la imposición de manos el día de la ordenación: *la identidad ministerial es comunitaria*. La corresponsabilidad y complementariedad son señas de una verdadera identidad ministerial. El concilio Vaticano II habla de «fraternidad sacramental» en el presbiterio diocesano (cf. PO 8). Sin comunión ni hay verdadera misión ni auténtica identidad presbiteral. La autonomía y libertad del servidor del evangelio acontece en la unidad y comunión.

Pero, ¿qué implica realmente «estar y caminar con Cristo» en comunión, principio y fundamento de la identidad apostólica? *Ir a Jesús, estar y caminar con él* configuró, desde el primer momento, la identidad del ministerio apostólico.

El Hijo, enviado en una carne semejante a la del pecado, como señala san Pablo (cf. Rom 8, 3), vivió su misión en la comunión, dependencia y obediencia del Padre. Estaba de camino hacia el Padre con aquellos que le habían sido dados. No vino para instalarse en el mundo, sino para poner en camino hacia el Padre a «las ovejas» liberadas de los diferentes rediles en que yacían prisioneras. La comunidad del reino es una comunidad que vive en el mundo como peregrina (cf. Hch 13, 17; 1P 1, 17); pero sin desentenderse del mundo, antes bien comprometida en su transformación (cf. EDE 20). Así lo indica la misma etimología de parroquia. Somos ciudadanos del cielo. No podemos instalarnos en este mundo.

Y porque Jesús vino precisamente al mundo, para volver con sus hermanos hacia su Padre y nuestro Padre, está siempre de camino hacia los últimos y los pecadores. Estar y permanecer con Jesús reclama del apóstol compartir su estilo de vida pobre, salir en busca de lo perdido, sanar a los enfermos, anunciar la buena nueva del reino a los pobres, liberar a los oprimidos... etc., servir a todos desde el último lugar.

La misión del Pastor mesiánico, del buen pastor, no se reduce a cuidar de las ovejas reunidas. Va a los diferentes lugares donde yacen prisioneras las ovejas de Dios, para liberarlas y conducir las a pastos buenos y dilatados,

para que tengan vida en abundancia. El buen pastor hace frente a los lobos que buscan devorar a las ovejas. Más da la vida para reunir a los hijos dispersos, razón por la que es amado del Padre. *Estar y permanecer en Cristo comporta salir para reunir a los hijos dispersos y, por ello mismo, animar la comunidad cristiana de modo que los laicos trabajen, para que la creación entre «en la gloriosa libertad de los hijos de Dios»* (Rom 8, 21). La última palabra de Jesús resucitado a Pedro, después de confiarle el pastoreo de sus ovejas y corderos es esta: «Tú, sígueme» (Jn 21, 23). La identidad apostólica en la Iglesia y en el mundo se halla en síntesis en esta palabra.

Jesús resucitado llamó a Pablo para que llevara su nombre a pueblo y reyes, y a los hijos de Israel, en medio de no pocos sufrimientos (cf. Hch 9, 15-16). La elección de Jesús, aceptada libre y prontamente, implica, por tanto, una nueva identidad, esto es, una nueva manera de estar y actuar en el mundo: los pescadores de peces pasan a ser pescadores de hombres; el fariseo se convierte en apóstol del evangelio de la gracia. El discípulo no se confiere a sí mismo su identidad y misión en el mundo, las recibe de Otro.

1.4 Consecuencias de ser convocados

Por el hecho de ser «convocados», la primera consecuencia para renegociar la identidad, es *aprender vivir del don de Dios. Un don vivido y compartido con los demás y para los demás*. La identidad presbiteral no es cuestión de poder o cualidades, sino de vocación. Dios llama a quien quiere. La identidad sacerdotal solo puede ser vivida y cultivada en diálogo con quien nos asocia de manera especial a su vida y misión.

Una segunda consecuencia importante: *los convocados*, si quieren responder a la gracia, *deben salir de ellos mismos, para ir al encuentro del que los llama*. Es la dinámica de una permanente conversión. Marcos lo explicita con sencillez y claridad: «Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él (donde él o para él)» (Mc 3, 13) Este ir a Jesús y con Jesús reclama una decisión importante: los discípulos dejaron lo que constituía su vieja identidad: trabajo, familia e incluso sus esquemas religiosos, para aventurarse en una nueva identidad comunitaria y personal, «ser pescadores de hombre».

La conciencia de ser convocados como hombres, discípulos y apóstoles lleva consigo vivir, cultivar y renegociar la identidad, el talento, que da el que llama, junto con los demás convocados. Esto supone acoger su iniciativa y vivirla con agradecimiento y creatividad en el Espíritu de la libertad, verdad y comunión. (Con las otras palabras precisaremos un poco más la dinámica de una identidad presbiteral vivida en la perspectiva apostólica).

Porque el presbítero es «hombre entre los hombres», debe ser consciente de sus límites y posibilidades, de pertenecer a un pueblo y cultura determinada. Debe aprender a responder a la convocatoria con todo lo que es, in-

cluida su fragilidad y debilidad. Pero debe hacerlo como un hombre creyente, esto es, sabiéndose amado del Señor, llamado por su nombre; y que su realización se halla en el seguimiento de Jesucristo. «El que sigue a Cristo, Hombre perfecto, afirma al Concilio, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre». (GS 41) Y porque está convencido de ello, no duda en mostrar a los demás el camino a recorrer para desarrollar la vocación y misión, que el Señor da a todo ser humano convocado a la existencia. En efecto, «el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado». (GS 22) Este, a mi juicio, es un punto decisivo para una nueva evangelización: desplegar en el seno de la comunidad cristiana y en el diálogo con el mundo un auténtico «humanismo integral», cuyas raíces se encuentran en el misterio de la creación y de la encarnación redentora.

Ser creyente, ser discípulo, y desarrollar un verdadero humanismo integral, es, a mi entender, un rasgo definitorio de la identidad del ministerio presbiteral. Algo que los presbíteros estamos llamados a compartir con los laicos cristianos y con cuantos hombres y mujeres buscan trabajar al servicio de la dignidad del ser humano, en particular, de los más vulnerables.

2. ENVIADOS EN Y POR CRISTO AL MUNDO

Si Jesús convocó a los doce a estar con él, no fue para retirarlos del mundo, sino para enviarlos al mundo como él lo fuera. En la intimidad del cenáculo, Jesús oraba al Padre por los que le había dado de en medio del mundo, con estas palabras: «Ahora voy a ti, y digo esto en medio del mundo para que tengan en sí mismos, mi alegría cumplida. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno.» (Jn 17, 13-15).

Resucitado de entre los muertos, Jesús se apareció a los Once y después de reprocharles su incredulidad, les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación». (Mc 16, 15) Se trata de ir al mundo para hacer discípulos (cf. Mt 28, 19). El evangelista Juan lo relata así el envío en misión por el Resucitado: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21). El KATOS griego, que traducimos por «como» no es propiamente comparativo, sino inclusivo. En el envío del Hijo se halla inscrito el envío del apóstol.

Es preciso ahondar en esta perspectiva, para comprender por qué el Vaticano II insistió en que «los presbíteros, como cooperadores que son de los Obispos, tienen por deber primero el de anunciar a todos el Evangelio de Dios» (PO 4), pues se trata de engendrar la comunidad para Cristo mediante el Evangelio (cf. 1Cor 4, 14) que es fuerza de salvación, para el que cree (cf. Rom 1, 16-17). Hoy, cuando tomamos conciencia que ya no estamos en

la cristiandad, se impone repensar la imagen del pastor mesiánico a la luz de los textos bíblicos (cf. Ez 34; Jn 10, 1ss). El presbítero no puede contentarse con vivir al servicio de la comunidad reunida. Debe ponerse en camino, junto con los demás discípulos, como el siervo de la parábola, para convocar al banquete del reino de Dios a todos, en particular «a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos.» (Lc 14, 15-24)

2.1 *Enviados a predicar con poder de expulsar demonios*

Jesús, al llamar e instituir a los doce para que estuvieran con él, lo hizo con el propósito de enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios.

La fuente de este envío se encuentra en el amor apasionado de Dios por el mundo (cf. Jn 3, 16-17; Rom 5, 8). «Dios está por el hombre» (Rom 8, 31). La misión tiene su origen en el amor fontal del Padre (AG 2) El amor del Padre nos sigue enviando en Cristo y en el Espíritu al mundo, para proclamar la buena noticia del Evangelio de Dios: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio.» (Mc 1, 15). Los Hechos de los Apóstoles se cierran con este resumen de la misión del apóstol de las gentes en Roma: «Permaneció allí un bienio completo... predicándoles el reino de Dios y enseñando lo que se refiere al Señor Jesucristo con toda libertad (PARRESÍAS) y sin estorbos.» (Hch 28, 30-31) Los Hechos dan comienzo con estas palabras del Resucitado: «recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra» (Hch 1, 8)

Jesús no envía de forma individual a predicar el evangelio, envía conjuntamente a los doce; y Lucas al narrar el envío de los setenta y dos, relata que los envió de dos en dos (cf. Lc 10, 1). El Evangelio del reino de Dios, como enseña la carta a los gálatas no es de origen humano, invención de los hombres (cf. Gal 1, 11-12). Los apóstoles predicaban todos el mismo Evangelio. «Tanto yo como ellos, escribe Pablo en la carta a los corintios, predicamos así, y así lo creísteis vosotros» (1Cor 15, 11). El anuncio del Evangelio supone un acto de obediencia y fidelidad, de comunión y responsabilidad. Por ello subió Pablo con Bernabé a Jerusalén, pues quería preservar para los suyos la verdad del evangelio que predicaban (cf. Gal 2, 1-10). La verdad libera, la mera opinión tiende a esclavizar.

Marcos señala que Jesús envía a los doce con poder o potestad (exousía) de expulsar demonios. No es un poder para dominar, sino para liberar y proclamar la llegada del reino de Dios. (cf. Mt 10, 1) El mismo Espíritu de la verdad y libertad que actuaba en Jesús y en los apóstoles, sigue actuando hoy en sus enviados. Una actuación, por otra parte, que suscita siempre cierta perplejidad, conflictividad y contradicción. No lo podemos ignorar (cf. Mt 10, 16-42). El apóstol no puede eludir la contradicción que marco la

existencia de Jesús (cf. Jn 15, 18-16, 3). Estamos ante una dimensión insoslayable de la identidad apostólica y martirial. No se trata de ir contra el mundo, pero sí de proclamar la verdad que libera. Ciertamente, esto no lo podemos hacer como en los tiempos de la cristiandad; pero es preciso hacerlo con la parresía del Espíritu y la discreción propia del que sirve desde el último lugar.

2.2 *Enviados al mundo*

Jesús fue enviado a un mundo que había dado la espalda a Dios. Y hoy somos enviados a un mundo en el que también muchos siguen dando la espalda a Dios. Jesús, «el apóstol y sumo sacerdote» de nuestra fe (cf. Hb 3, 1), fue enviado al mundo para revelar y hacer presente el reinado de Dios, para llamarlo a la conversión y a la fe. El apóstol no va al mundo porque este se lo pida, sino porque Dios ama al mundo y quiere darle a conocer su designio de salvación. Y esto aun cuando nuestro mundo pretenda organizarse como si Dios no existiera, busque su futuro con sus propias fuerzas, sea indiferente y viva replegado sobre él mismo. Nuestro mundo es autista de alguna manera, y esto no podemos olvidarlo a la hora de proponer el Evangelio de Dios, que implica la alteridad y comunión.

Jesús fue enviado al mundo en pobreza y humildad. Y esto, como sabemos, configura la identidad del apóstol de Jesucristo. Ungido con el Espíritu Santo, Jesús no eligió los grandes medios del mundo para llevar a cabo su misión en el mundo y a favor del mundo, sino el camino de la gracia, tal como expresa Pablo en esta frase lapidaria: «Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2Cor 8, 9). El concilio Vaticano II recordó cómo la Iglesia debe vivir esta dinámica propia de la misión: «Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres.» (LG 8)

Hoy, comunidades y pastores, necesitamos, por otra parte, recuperar el sentido de «la obra de Dios». Jesús vino al mundo para llevar a cabo «la obra del que lo envió» (cf. Jn 4, 14); y cuando la muchedumbre le preguntó, «qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios? », Jesús replicó: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6, 29). Con razón, pues, Pablo escribía a los romanos haber «recibido la gracia del apostolado, para suscitar la obediencia de la fe entre todos los gentiles, para gloria de su nombre» (Rom 1, 5). Así ejercía «el oficio sagrado del Evangelio de Dios» (Rom 15, 16).

2.3 *Consecuencias para una identidad apostólica*

Puesto que la Iglesia es por naturaleza misionera, la conciencia de ser enviados en y por Cristo al mundo, debería animar desde dentro a nuestras comunidades. Y para ello será siempre de suma importancia que aquellos que presiden la marcha del pueblo de Dios, los pastores, tengan una verdadera conciencia de ser enviados al mundo en busca de la oveja perdida, de los hijos dispersos, para reunirlos en torno al único Pastor, Cristo Jesús.

La misión del enviado es un acto permanente de obediencia en el Espíritu de la verdad, libertad y comunión. No podemos ignorarlo: en Jesús, la obediencia es el fundamento de su máxima libertad. Su palabra nace de la escucha. Su acción de la contemplación y comunión. No hace más que lo que ve hacer al Padre, hasta el punto de no poder hacer nada por su cuenta. La misión del enviado es sumisión a quien lo envía (cf. Jn 5, 17-20). Jesús vino al mundo para hacer la voluntad del que lo enviaba (cf. Jn 6, 37-49) y de ella hizo su verdadero alimento (cf. Jn 4, 32-34).

La misión del apóstol, y de la comunidad apostólica, se inscribe, por tanto, en la iniciativa de Dios. Esto supone tratar de «ganarse la confianza de los hombres», compartiendo el amor de Cristo por ellos, adentrándose en la iniciativa de Dios que estaba reconciliando al mundo en la sangre de su Hijo. «Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios.» (2Cor 5, 11-6, 10)

Si para ir a Jesús, para responder a su convocatoria, es preciso arrancarse del pasado, la condición de ser enviados lleva consigo vivir el futuro con una radical disponibilidad, sin aferrarnos a las seguridades propias de un mundo replegado sobre él mismo.

El enviado sale sin cesar a los caminos y encrucijadas del mundo para convidar a todos al banquete del reino de Dios, en particular a los excluidos de la fiesta: «los pobres, lisiados, ciegos y cojos». Somos enviados para liberar y salvar, para formar unas comunidades capaces de servir la verdadera liberación de nuestro mundo. Pablo VI, en su magnífica exhortación apostólica sobre la evangelización escribía:

Nos alegramos de que la Iglesia tome una conciencia cada vez más viva de la propia forma, esencialmente evangélica, de colaborar a la liberación de los hombres. Y ¿qué hace? Trata de suscitar cada vez más numerosos cristianos que se dediquen a la liberación de los demás. A estos cristianos "liberadores" les da una inspiración de fe, una motivación de amor fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención, sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso. Todo

ello, sin que se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político, debe caracterizar la acción del cristiano comprometido. La Iglesia se esfuerza por insertar siempre la lucha cristiana por la liberación en el designio global de salvación que ella misma anuncia. (EN 38)

3. ENVIADOS COMO TESTIGOS DEL EVANGELIO DE DIOS

Antes de adentrarnos en este punto, conviene despejar un malentendido sobre el sentido del «testigo apostólico», pues con frecuencia se piensa el testimonio en la perspectiva del ejemplarismo y de un cierto heroísmo. No es el testigo el que acredita a Dios y su Palabra, sino Dios y su Espíritu al testigo.

Los evangelios ponen de relieve que fue el Padre quien envió y acreditó a Jesús, su Hijo, como el testigo de la verdad. Lo hizo enviando a Juan Bautista como de la luz (cf. Jn 1, 8.15). La voz del cielo resonó en el bautismo y en la montaña para presentar a Jesús como su Hijo amado a quien debíamos escuchar (cf. Mt 3, 17pp; 17, 5pp). Las obras que el Padre le dio realizar, así como las Escrituras, daban testimonio de la identidad filial de Jesús (cf. Jn 5, 36-47). En su conciencia más profunda, Jesús era consciente que su palabra era la del Padre (cf. Jn 12, 49-50).

En el cenáculo, Jesús, por otra parte, decía a sus discípulos: «Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo.» (Jn 15, 26-27). En el día de Pentecostés, los apóstoles, junto con el resto de la comunidad apostólica, fueron lanzados a las plazas públicas, como testigos cualificados para dar testimonio de lo que Dios había realizado en y por su Siervo Jesús (cf. Hch 2, 1ss).

Pedro, iluminado y enviado por el Espíritu a la casa de un centurión romano, como relatan los Hechos de los Apóstoles, afirmó de forma clara y rotunda: es Dios quien designa y acredita a sus testigos. En efecto, el apóstol anuncia: Dios resucitó a Jesús «al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de sus pecados.» (Hch 10, 41-43) Los apóstoles anunciaban unánimemente el kerigma, el evangelio de Dios, como testigos elegidos y enviados por Dios (cf. 1Cor 15, 1-11).

La primera carta de san Juan se inicia con estas palabras: «Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos vistos con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del

Verbo de la vida... os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo» (1Jn 1, 1-4). La evangelización fue, es y será obra de testigos.

Ahora bien, *Dios no eligió a hombres perfectos para ser sus testigos*. Ciertamente, los apóstoles sellaron con su sangre el testimonio, fueron auténticos mártires; pero desde la debilidad propia de quien lleva un tesoro en vasijas de barro. Pedro hizo la dura experiencia de la negación de su amado Maestro y Señor. Pablo, elegido para llevar el nombre de Jesús a las naciones y al pueblo de Israel, se presenta como el primero de los rescatados del pecado (cf. 1Tim 1, 12-17), como quien no hace siempre el bien que quiere (cf. Rom 7, 14-25); y cuando rogó tres veces que le fueran apartadas las debilidades y dificultades para anunciar el Evangelio, el Señor le respondió: «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad» (2Cor 12, 9). El apóstol no se anuncia a sí mismo, sino el evangelio de Dios, que es fuerza de salvación.

El presbítero, en la dinámica de la verdadera tradición apostólica, está llamado a vivir en la lógica arriesgada del mártir, esto es, del testigo elegido y enviado en el Espíritu Santo para proclamar el Evangelio de Dios, el reinado de Dios, tal como se ha hecho presente en la historia en la vida, predicación, acción y pascua del Hijo, del Amén de Dios. Por ello conviene plantearse, con sencillez y verdad, qué implica realmente ser testigos en la línea de los profetas y apóstoles en este mundo al que estamos llamados a revelar el amor apasionado de Dios por él.

Lo primero de todo es tomar conciencia que el verdadero testigo del reino y de Jesús es el Espíritu Santo y nosotros *testigos en él y por él*. Por tanto, la cuestión decisiva es esta: ¿Cómo dejamos que el Espíritu de la verdad siga dando testimonio en nosotros del advenimiento del reino de Dios en Jesucristo muerto y resucitado? El testigo del Evangelio se inscribe así en la Tradición con mayúscula, que dista mucho de ser simple repetición del pasado. El testigo apostólico es un hombre de comunión y obediencia en el seno de la Tradición, proveniente de Dios. El apóstol escribía a Timoteo: «Vela por el precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.» (2Tim 6-14) Insisto, el testigo apostólico, es un hombre de la Tradición, pero no de la mera repetición. El profeta y el apóstol anuncian cómo Dios por medio de su Espíritu conduce el mundo a su recapitulación en Cristo. El testigo apostólico es un hombre de esperanza, vuelto hacia el futuro. Su misión es dar testimonio de la verdadera esperanza, la esperanza que no defrauda. No podemos olvidarlo, un mundo que vive sin Cristo, es un mundo sin esperanza y sin Dios, como enseña la carta a los efesios (cf. Ef 2, 12).

El testigo del Evangelio es una persona humilde. No es altivo ni busca desafiar o imponerse en la sociedad. Para dar testimonio de la fuerza y sabiduría de Dios, está llamado a modelar su vida, palabra y acción de acuerdo con el «logos de la cruz». Por ello, Pablo, en su condición de discípulo y testigo de Jesucristo muerto y resucitado, escribía a los corintios: «También yo me presente a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y predicación no fue una persuasiva sabiduría humana, sino la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoyase en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios». (1Cor 2, 3-5).

Los verdaderos testigos de la fe no viven la debilidad como un drama, sino como una llamada a renovarse en una serena y gozosa esperanza, pues en la debilidad del apóstol Dios revela su poder. El servidor y testigo de la esperanza medita y saborea sin cesar estas palabras conciliares: «Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina (y esto aunque no se conozca o rechace). En consecuencia debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma, de solo Dios conocida, se asocien a este misterio pas-cual». (GS 22).

El verdadero creyente es un hombre de «esperanza contra toda esperanza», pues vive y actúa apoyándose en la palabra que permanece para siempre (cf. Is 40, 8; 1P, 1, 25). La misión del apóstol es contagiar esperanza y contribuir a la formación de personas creyentes que den testimonio, con modestia y respeto, de la Esperanza con mayúscula en lo cotidiano. El Papa Juan Pablo II, a la luz del misterio de la encarnación, afirmó: «¡*El cristianismo es la religión que ha entrado en la historia!*» Y añade: «En efecto, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, “en la plenitud de los tiempos”» (NMI 5)

Es evidente, por otra parte, que *el mártir o testigo debe adecuar su existencia y ministerio al Evangelio proclamado.* El testigo no puede avergonzarse del Evangelio en medio de un mundo que lo ignora o rechaza (cf. Rom 1, 16-17). Acreditado por Dios, el testigo está urgido a ser coherente con lo que anuncia. Si anuncia que hemos sido rescatados del pecado, él debe presentarse como el primero de los salvados, lo cual supone vivir con agradecimiento y humildad. Si anuncia que hemos resucitado en Cristo, no puede instalarse en este mundo; su vida es estar en camino gozosa y libremente. Si proclama que el Hijo de Dios se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza, no puede buscar apoyarse en los bienes de este mundo, para llevar adelante su vida y ministerio. Si proclama el amor y perdón de Dios por la humanidad, no puede situarse en el mundo como juez: la invitación a la conversión y a la obediencia de la fe, deberá llevarla a cabo como el siervo manso y humilde de corazón... etc. Por tanto, debe, con la

gracia del Señor, dejarse modelar en su vida y acción por el Evangelio de Dios del que ha sido constituido testigo.

4. SIERVOS DE JESUCRISTO Y POR JESUCRISTO

Ayer como hoy siempre se ha presentado a los presbíteros como servidores, pero no siempre se ha precisado con nitidez qué implica la palabra de Jesús, dirigida a la gente y a los discípulos criticando a los escribas y fariseos que buscaban los primeros puestos, el prestigio y que los llamasen *rabbí*: «El primero entre vosotros será vuestro servidor» (Mt 23, 11)

El lavatorio de los pies, en que Jesús se despojó de su manto y se ciñó la toalla para lavar los pies de sus discípulos, como el último de los esclavos (cf. Jn 13, 1ss), sigue siendo el icono clave para forjar la identidad del ministerio apostólico, de los pastores de la Iglesia (cf. Jn 13, 1ss). El evangelista Lucas relata de forma significativa el altercado de los doce en el cenáculo a propósito de quien de ellos debía ser tenido como el mayor (cf. Lc 22, 24-27). Marcos y Mateo, por su parte, refieren la disputa de los discípulos que buscaban los primeros puestos cuando Jesús estableciera su reino. Pues bien, Jesús, después de decirles que sentarse a su derecha o a su izquierda es para quienes está reservado y que no podían servir al estilo de los grandes de este mundo, dijo: «el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor (DIÁKONOS); y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos (DOÛLOS)» Y luego añade la verdadera motivación: «Porque el Hijo del hombre, no ha venido a ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por la multitud» (cf. Mc 10, 35-45).

Pablo, antes de su encuentro con el Resucitado, buscaba en su ignorancia servir a Dios desde la fuerza y el poder. Llamado al apostolado, comprendió que su camino no podía ser otro que el camino recorrido por su Señor. Por ello se presenta, en primer lugar, como «siervo de Cristo»: «Pablo, siervo (DOÛLOS) de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido (puesto aparte) para el Evangelio». (Rom 1, 1). Y porque siervo de Cristo, siervo también de sus hermanos. «No nos predicamos a nosotros mismos, escribía a los corintios, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos (DOÛLOUS) vuestros por Jesús.» (2Cor 4, 5) Ciertamente, la palabra siervo o esclavo, en medio de una sociedad que proclama la dignidad y autonomía de la persona, suena mal a nuestros oídos, pero debemos comprenderla en su lógica más honda.

El siervo o esclavo es el que no se pertenece ya. Porque se sabe rescatado por la sangre de su Señor, se vivencia libremente como propiedad de él. Y porque se sabe asociado a la misión de quien ha dado la vida por sus hermanos, encuentra su verdadera alegría en ser y existir para sus hermanos en Cristo, con él y como él. Por ello Pablo vivía alegremente en medio de las pruebas y sufrimientos inherentes a la misión. No podemos ignorar que

la misión implica un duro combate (cf. Col 2, 1ss), que puede llegar en algún momento al don de la propia vida. «Y si mi sangre, escribía Pablo a los filipenses, se ha de derramar, rociando el sacrificio litúrgico que es vuestra fe, yo estoy alegre y me asocio a vuestra alegría; por vuestra parte estas alegres y alegraos conmigo.» (Flp 2, 17-18) Y en la carta a los colosenses comentaba: «Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevara plenitud la palabra de Dios.» (Col 1, 24-25)

El servidor del Evangelio, en la perspectiva apostólica, está llamado a darse con el Evangelio, pues de otra forma no estaría realmente unido a Jesucristo, no viviría de acuerdo con el dinamismo del sacerdocio existencial de la nueva alianza. También aquí podemos citar una palabra bien significativa del apóstol: «Os queríamos tanto que deseábamos entregaros no solo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas, porque os habías ganado nuestro amor.» (1Tes 2, 8) Cuando el servicio nace de la comunión con el amor de Jesús, ya no se buscan los primeros puestos y uno se hace siervo de los demás con alegría.

El siervo no busca un liderazgo al estilo de los hombres, sino el liderazgo del amor, tal como lo vivió el Pastor mesiánico. Esto conlleva anteponer el interés del pueblo de Dios al suyo personal. Implica también ponerse a seguir el rastro de las ovejas descarriadas y no esperar a que venga a él. Comporta también un trabajo constante para desarrollar la identidad sacramental y misionera de la comunidad eclesial en medio de la sociedad. Es una exigencia intrínseca de la evangelización: formar comunidades evangelizadas y evangelizadoras. La Iglesia, enseña la constitución dogmática *Lumen Gentium*, «es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano.» (LG 1) Y en la constitución *Gaudium et spes*, se recuerda que «la Iglesia es “sacramento universal de salvación”, que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre.» (GS 45).

En una palabra, el siervo, tras las huellas del Siervo, tiene la misión de reenviar continuamente al que lo envía. Jesús reenviaba continuamente al Padre, hasta el punto de decir: «quien me ve, ve al Padre». *El servidor del evangelio ha de representar y reenviar al Señor*. La misión apostólica es sacramental. Cuando el siervo trata de hacerse el protagonista, arruina su verdadera identidad y se incapacita para la alegría del Espíritu Santo. El servidor del Evangelio no deja de hablar de Jesús y del reino de Dios, de trabajar para que el pueblo de Dios sea signo e instrumento del amor de Dios en el mundo, para que los laicos vivan su vocación y misión en medio de lo concreto de la existencia.

5. CONCLUSIÓN

Los presbíteros, urgidos a renegociar nuestra identidad en las nuevas coordenadas de la Iglesia y del mundo, nos vemos confrontados a un proceso complejo y dilatado en el tiempo. Además, no es una cuestión meramente personal, pues se trata de la identidad del presbiterado. Como enseña *Lumen Gentium*, «los presbíteros, pródigos cooperadores del Orden episcopal, forman, junto con su Obispo, un solo presbiterio, dedicado a diversas ocupaciones.» (LG 28)

En este proceso complejo y largo debemos evitar copiar el pasado inmediato o lejano. Lo que cuenta es redescubrir el verdadero dinamismo del ministerio de la nueva alianza, del ministerio apostólico, para buscar, con paciencia y docilidad creativa al Espíritu de la verdad y comunión, las formas más oportunas a fin de seguir anunciando el reino de Dios y lo tocante a Jesucristo al mundo de hoy.

No se trata, en mi opinión, de renegar de las figuras del pasado, pero sí de recuperar ciertas perspectivas que quedaron en la penumbra. La figura del pastor, por poner un ejemplo, sigue siendo importante, pero debe ser repensada desde la Iglesia a reunir, desde la evangelización que estamos llamados a llevar a cabo, y no tanto desde la Iglesia reunida. Ahora bien este paso supone tiempo y una profunda actitud de escucha, contemplación y búsqueda, esto es, «un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma», para que las cosas no queden como estaban, según insiste el Papa Francisco (cf. EG 25-33). El presbiterio está al servicio del «pueblo mesiánico», de la naturaleza misionera de la Iglesia, de su condición de «sacramento universal de salvación».

Todo esto supone un gran desafío para los presbíteros, pues ya no basta servir a la comunidad a través de las funciones típicas de la cristiandad. Hoy se hace urgente salir al encuentro de los hombres y acompañarlos en lo cotidiano, con el fin de que puedan desarrollar su vocación y misión, ya que el Señor los llama y asocia a su obra creadora y salvadora. La evangelización no puede limitarse a hacer cosas en favor del mundo, en particular de los pobres, es decisivo comunicar a todos con nuestro estilo de vida, con palabras y obras la presencia del reinado de Dios.

Para ello es de la máxima importancia que nuestros presbiterios vivan la dinámica del discipulado, a través de la escucha de la palabra de Dios, de los acontecimientos y de las personas, en especial de los pobres e insignificantes. Es necesario que nuestra palabra y acción evangelizadora nazcan de la escucha y contemplación de la Palabra. «Alimentarnos de la Palabra, escribía Juan Pablo II, para ser «servidores de la Palabra» en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del milenio» (NMI 40) Para ser testigos de la verdad liberadora,

de la Palabra de la vida, es necesario oírla, verla y palparla de alguna manera. Y esto exige un verdadero espíritu de oración.

Ahora bien, y concluyo, este camino de búsqueda y conversión, tanto personal e institucional, exige del presbiterio y del pueblo de Dios, cultivar una espiritualidad de la comunión, corresponsabilidad y complementariedad, que dista tanto de la división como de la uniformidad. El presbítero, y con él la comunidad eclesial, debe alimentar su espiritualidad de modo particular en la Eucaristía, en el sacramento del amor y de la comunión. El Concilio Vaticano II nos lo recordó a los presbíteros con estas palabras: La caridad pastoral «fluye ciertamente, sobre todo, del sacrificio eucarístico, que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial» (PO 14).

Esquema del contenido

REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD SACERDOTAL	1
1. CONVOCADOS EN UN COLEGIO	3
1.1 <i>La existencia como vocación y misión</i>	<i>3</i>
1.2 <i>La Iglesia pueblo de convocados, de discípulos</i>	<i>4</i>
1.3 <i>Los apóstoles hombres convocados de entre los discípulos.....</i>	<i>4</i>
1.4 <i>Consecuencias de ser convocados.....</i>	<i>6</i>
2. ENVIADOS EN Y POR CRISTO AL MUNDO	7
2.1 <i>Enviados a predicar con poder de expulsar demonios</i>	<i>8</i>
2.2 <i>Enviados al mundo.....</i>	<i>9</i>
2.3 <i>Consecuencias para una identidad apostólica.....</i>	<i>10</i>
3. ENVIADOS COMO TESTIGOS DEL EVANGELIO DE DIOS.....	11
4. SIERVOS DE JESUCRISTO Y POR JESUCRISTO	14
5. CONCLUSIÓN	16